



La ironía romántica. Un motor estético de emancipación social, ed. de Ana Carrasco-Conde, Germán Garrido Miñambres y Nuria Sánchez Madrid, Siglo XXI, Madrid, 2022, 222 pp. ISBN: 978-84-323-2056-9.

El Romanticismo es un movimiento caracterizado por la variedad de posiciones que acoge, muchas veces opuestas entre sí; y por el papel esencial que se le da a las artes en la formación del individuo, necesariamente marcado por las pasiones. Surge como respuesta a la Ilustración. Si esta última apuesta por la universalización, el movimiento romántico enfatiza las singularidades y la pluralidad, pues es imposible juzgar, por ejemplo, todas las culturas según los cánones modernos establecidos. La cuestión del lenguaje y la descentralización de la razón marcarán los intereses de estos autores, que considerarán la crítica llevada a cabo por la Ilustración oficial excesivamente dogmática e insuficientemente crítica. A pesar pues de la disparidad de posturas y multiplicidad de formas del movimiento romántico, todas tienen en común “el rechazo a un estado de cosas que se juzga impropio para el desarrollo de la humanidad” (p. 41).

En este contexto comienza a desarrollar Friedrich Schlegel la ironía romántica –aunque él no acuñó ese nombre–. Las primeras publicaciones sobre el tema fueron una colección de fragmentos para la revista *Lyceum* que posteriormente continuaría para *Athenaeum*. Uno de los intereses fundamentales de Schlegel fue reinterpretar la cultura de los griegos desde la modernidad. Así pues, entendió la ironía romántica como una traslación de la ironía socrática al ámbito del idealismo alemán. Los autores que participan en este libro titulado *La ironía romántica. Un motor estético de emancipación social*, exploran las consecuencias de su ejercicio en la actualidad, teniendo en cuenta las dificultades que puede implicar trasladar esta categoría a nuestro presente y las fuertes críticas que ha recibido a lo largo de la historia.

Los trabajos de este volumen se distribuyen en dos partes. De la primera, titulada *Explorando la ironía en Friedrich Schlegel*, forman parte los estudios que se ocupan de la elaboración de la ironía romántica únicamente en los escritos de Schlegel.

Germán Garrido Miñambres abre el primer grupo de trabajos con su artículo –(Im)potencia de la ironía romántica–. En este capítulo, a través del diálogo con Juliane Rebentisch, conecta la ironía romántica de Schlegel con la estetización del mundo contemporáneo, ya que las críticas y los elogios que reciben son muy similares y es necesario tener en cuenta el nuevo terreno en el que actúa la ironía. Para esta autora, que abre una tercera vía entre las condenas y alabanzas al modo de vida irónico, es una herramienta muy potente, ya que, como temían sus detractores, empuja al cuestionamiento de las convicciones morales y, gracias a esto, da pie a la posibilidad de construir identidades que no estén sujetas a las normas vigentes. Para concretar más en qué consiste la potencia de la ironía romántica, recurre Garrido a los textos de Schlegel. Si la poesía romántica y el arte prometen aproximarnos al absoluto, la irrupción de la ironía, al depotenciar todos los valores y significados, nos aleja de él. Se le atribuye así a la ironía un papel enteramente productivo tanto en la filosofía y la

literatura como en lo social, con la capacidad para “someter a crítica cualquier verdad heredada” (p. 29). La ironía romántica “propone una interpretación solo para terminar desechándola en favor de la siguiente” (p. 30).

En opinión de Schlegel, esto no lleva a la inacción o al adormecimiento del espíritu, sino que más bien produce un movimiento de vaivén constante. Una actividad sin fin, ya que este nunca es alcanzado. No hay síntesis posible. Pero ¿son estas características positivas en el contexto de la estetización del mundo actual? ¿Hay lugar para la ironía en un tiempo marcado por el consumo constante y la indiferenciación entre los productos del sistema? Para Garrido, “es cuestionable que esta idea pueda trasladarse sin mediación al entorno actual” (p. 34), pero esto no significa de ningún modo desecharla. Más bien, plantea la urgencia de seguir pensando la ironía romántica de manera que pueda ser productiva para la interpretación del presente, asumiendo que se trata de un diálogo entre mundos distintos. A esto es a lo que se dedicarán los artículos que componen este libro.

Por su parte, Rosa Benítez Andrés, en su trabajo *La ironía como exceso poé(lí)tico*, sostiene que en los primeros escritos de Friedrich Schlegel, donde construye la ironía romántica, la comprende como una forma de pensamiento; una actitud frente al mundo que afecta por lo tanto a todo el texto, y no como un mero recurso retórico que se utilice arbitrariamente y cuya finalidad pueda reducirse al humor. La ironía sería para F. Schlegel la forma más honesta de expresión al asumir y poner de manifiesto “la imposibilidad y la necesidad de una comunicación completa” (p. 53). Muestra las contradicciones que realmente actúan en el sujeto moderno limitando en consecuencia su afán de universalidad. La ironía se entiende, así, como la actitud crítica por excelencia. Al fundarse en las contradicciones y las tensiones que constituyen el mundo y nuestra manera de verlo y de organizarlo, nos obliga a aceptar la realidad fragmentaria de nuestro tiempo, por lo que continuaría siendo una potente actitud de resistencia. Este mecanismo produce además, según nuestra autora, un exceso en todos los sentidos, pues al no haber nunca un fin, una síntesis, la indeterminación es constante. Esto tiene como efecto un derroche de significados, yoes y formas de narrar y de interpretar inasumibles para un sistema como el nuestro, basado en la uniformidad y el utilitarismo.

Nuria Sánchez Madrid, en *Distancia irónica y vulnerabilidad normativa. Friedrich Schlegel como crítico inmanente de la sociedad*, mantiene el fuerte potencial crítico que le venimos atribuyendo a esta categoría, pero la enfoca desde otro punto de vista. Se reconoce aquí en Schlegel la superación de la filosofía trascendental kantiana. ¿De qué manera permite esto la ironía? Al poner siempre en cuestión las verdades establecidas y no tomar ninguna como definitiva, muestra que, en realidad, todas las normas sociales están fundamentadas en el consenso, es decir, en la subjetividad, no en algo objetivo e inamovible. De esta manera “se concede a la experiencia empírica la posibilidad de modificar la producción de sentido” (p. 69), mientras que en el sistema kantiano nada podía modificar las formas *a priori* con las que se comprende el mundo. Plantea así una suerte de dialéctica alternativa a la hegeliana, sin cierre, lo que permite no establecer un orden fijo y determinado, sino “jugar con la norma hasta librarnos de ella” (p. 77).

Con este capítulo concluye la primera sección del libro. En la segunda parte –*Variaciones románticas de la ironía y recepciones contemporáneas*–, se continúa con la labor de clarificar el papel de la ironía romántica, pero ya no solo a través del entramado conceptual que elabora Schlegel, sino que entra en juego también la interpretación de otros autores.

Así pues, en *La hazaña irónica (y el zarpazo) de un gato con botas: Ludwig Tieck*, Ana Carrasco-Conde estudia el teatro de L. Tieck, ya que en sus obras aplica la

ironía romántica desarrollada teóricamente por Schlegel. El recurso irónico empleado en sus obras es la parábasis permanente, es decir “la interrupción de la obra representada e irrupción de un discurso donde todos los roles quedan puestos fuera de sí mismos” (p. 98). Esto crea, por supuesto, situaciones cómicas que permiten sacar a la luz una realidad oculta que no puede verse de otra manera. En la actualidad, esta realidad no sería otra que la ideología capitalista en la que vivimos inmersos. Está tan interiorizada que no podemos ver su verdadero funcionamiento, de tal manera que, aunque creamos estar fuera “en realidad, estamos atrapados en la ilusión del afuera” (p. 97). La ironía se convierte así en el procedimiento mediante el cual nos ponemos frente a nosotros mismos. Invirtiendo la realidad, permite hacernos conscientes de esta al quebrar las estructuras que la conforman. Este “dislocamiento de ciertas estructuras” (p. 98) es el que se da en las obras de Tieck a través de la parábasis permanente, que la autora se encargará de mostrar centrándose sobre todo en el teatro de *El gato con botas*.

Los dos siguientes artículos estudian cómo fue recibida la ironía romántica por figuras como Heine y Marx. Clara Ramas San Miguén, en *Un cuento franco-alemán. Heine y Marx en 1843*, sigue el rastro del peso que tienen la ironía y la sátira en los escritos de estos autores y explora las conexiones entre ambos. Heine fue muy crítico con Schlegel y el Romanticismo, al que considera un movimiento reaccionario que impide un verdadero avance y desemboca en un pensamiento conservador y medieval. Heine mira hacia el futuro, hacia la formación de una nueva política, mientras que las figuras más representativas del Romanticismo miran solo al pasado y entorpecen sus propósitos revolucionarios. Sin embargo, todo esto no impide que sus escritos estén fuertemente atravesados por la ironía. Como señalará la autora de este fragmento, “Heine proyecta sobre el Romanticismo temprano las sombras del Romanticismo tardío. [...] Si bien se ceba contra la reacción romántica, dice, en cambio, muy poco sobre la ironía romántica de Schlegel” (p. 133). Heine retoma de nuevo la ironía como recurso para decir la verdad cuando no hay libertad política. Tiene un papel crítico, liberador y productivo para esa nueva política que pretende alcanzar. Estos motivos influenciarán también los escritos de Marx, pues la ironía permite dismantelar el carácter fantasmal y de farsa que le atribuye a la Alemania de su tiempo, ya que, “al mostrarse como inversión, deja relucir, a contrapelo, la verdad. Se dice así oblicuamente lo que no puede decirse directamente” (p. 132). Es por esto que, a continuación, Alberto Santamaría, en su capítulo titulado *Intensidades románticas y proyecciones poéticas en Karl Marx*, lleva a cabo un estudio detallado de la influencia de los motivos románticos en los escritos y la forma de pensar de Marx. Sin olvidar, por otra parte, el conservadurismo al que finalmente derivaron Schlegel y muchos de sus contemporáneos románticos en su madurez, lo que nos puede servir para mostrar el doble filo de la ironía romántica.

Pone fin al volumen el ensayo de Domingo Hernández Sánchez –*Gestionar la incertidumbre o las perversiones de la vaguedad. La ironía y sus adversarios*–. Recordemos que este camino comienza con el trabajo de Miñambres, en el que establece la relación entre la ironía y la estetización del mundo contemporáneo; y plantea, además, la necesidad de seguir pensando la ironía romántica desde las particularidades de nuestro presente para que pueda seguir siendo una herramienta productiva. Los ensayos posteriores han llevado a cabo esta tarea desde diferentes puntos de vista. Podríamos decir ahora, siguiendo la lectura del último ensayo que nos ocupa que, hasta aquí, los autores se han dedicado a analizar en profundidad los efectos de la ironía de Schlegel en diferentes ámbitos, poniendo de relieve su necesidad y su valor como resistencia a las verdades establecidas y a la uniformidad. Domingo

Hernández continuará esta tarea, pero centrándose más bien en las críticas a la malformación de los efectos de la ironía a través de las contribuciones de Ortega y Hegel a este debate.

Estas críticas toman dos direcciones. Por una parte, afirma que, ante la “urgencia vital”, la ironía no es una instancia revolucionaria, sino que se convierte en un comportamiento cínico y elitista frente al horror. Por otro lado, retoma explícitamente la conexión inicial entre ironía y estetización del mundo. En este contexto, es la ironía la que se vuelve impotente dentro del sistema, convirtiéndose incluso en una herramienta aprovechable por éste. Se invierte así su sentido y su propósito. Nuestro autor destaca su capacidad para ponernos en alerta frente al pensamiento único, pero afirma también que, en un “mundo ironizado” como el nuestro, “la ironía romántica sería una pura redundancia cuya presencia lograría como resultado justo lo contrario de lo que Schlegel quería para ella” (p. 198).

Termina aquí la pluralidad de enfoques a la que es sometida la categoría protagonista de este volumen. La forma en la que está estructurado el libro –como un conjunto de trabajos de diferentes autores, y no como una serie de capítulos con una conclusión final– está en perfecta consonancia con lo que se quiere explicar: la naturaleza fragmentaria, compleja y contradictoria de la ironía romántica. Podemos decir entonces, parafraseando a Rosa Benítez, que al enfrentarnos a esta lectura nos encontramos con una multiplicidad de autorías, de yoes a los que atribuir las palabras. Es un libro que, al igual que la ironía, no permite ser reducido a sistema, sino que abre múltiples opciones para comprenderla. Puede que comencemos con una noción vaga de lo irónico, entendiéndolo como un recurso literario más; un medio o excusa para hacernos reír. Pero, conforme avanzamos a través de la lectura de cada uno de los artículos, nuestra categoría se carga poco a poco de historia, de potencia, de diferentes posturas, problemas y virtudes. Se muestra así que ese humor proviene más bien de un desgarramiento que de lo banal, de la imposibilidad de comunicación completa o de una falta de libertad y de concordancia con uno mismo y con el mundo.

El volumen se cierra con el apartado *Para leer a Friedrich Schlegel*, que contiene, en primer lugar, una enumeración de las traducciones al castellano de las obras en las que Schlegel desarrolla su teoría de la ironía; en segundo, una recopilación de la bibliografía empleada en la elaboración de los ensayos comentada por los autores.

Silvia Ruano